

Ezequiel Adamovsky

HISTORIA DE LA CLASE MEDIA ARGENTINA

Apogeo y decadencia
de una ilusión, 1919-2003



El giro a la izquierda

La "desperonización" fue un fracaso. En marzo de 1962 se realizaron elecciones legislativas y de gobernadores, en las que Frondizi permitió la participación de candidatos peronistas. Aunque a la UCRI no le fue mal (llegó a ganar en Capital), el peronismo obtuvo la victoria en la mayoría de los distritos y se alzó con diez gobernaciones. Eso acabó con la poca paciencia de los militares, que decidieron dar otro golpe de Estado luego de conocido el resultado electoral. Tras un interinato de José María Guido y nuevas elecciones con el peronismo proscrito, el radical "del Pueblo" Arturo Umberto Illia asumió la presidencia. La situación política volvía a foja cero.

Durante la Libertadora y los años de Frondizi se fue haciendo evidente una progresiva radicalización de las luchas de los trabajadores y un renacimiento de la orientación izquierdista. A poco del derrocamiento de Perón, una nueva generación de dirigentes sindicales se había lanzado a resistir las políticas antipopulares de los militares. El período de la "Resistencia Peronista" incluyó sabotajes, huelgas y tomas de fábrica de creciente radicalidad. El influjo de la Revolución Cubana (1959) contribuyó enormemente en el mismo sentido y la sociedad argentina fue girando cada vez más a la izquierda. Y no sólo lo hacían los trabajadores y muchos peronistas. También las ideas del marxismo resultaron de creciente atractivo para numerosos sectores medios, especialmente los jóvenes. Mientras tanto, los sectores de élite y los militares respondieron adoptando un rumbo cada vez más represivo. Otro golpe de Estado tuvo lugar en 1966; Illia fue derrocado, instalándose en su lugar una dictadura comandada por el general Onganía, quien declaraba sin tapujos que se quedaría el tiempo que fuera necesario hasta "resolver" el problema. Mientras reprimían toda disidencia, los militares pusieron la economía nuevamente en manos de liberales, cuyas medidas beneficiaron especialmente a las grandes empresas locales y extranjeras. La arbitra-

riedad y violencia del gobierno de facto no hizo sino caldear los ánimos. En 1969 el Cordobazo fue la expresión más importante de una serie de rebeliones y puebladas de gran escala. Para entonces ya habían aparecido las primeras organizaciones guerrilleras, que pronto comenzaron a reclutar a cientos de jóvenes. En el movimiento sindical se fortalecían las corrientes "clasistas" y por todas partes los estudiantes y muchos artistas, escritores y periodistas se volcaban a la izquierda. Para los primeros años de la década del setenta existía ya un enorme movimiento social de orientación revolucionaria. Lo componían diversas tendencias: algunos eran peronistas, otros no; algunos estaban a favor de la lucha armada, otros en contra. Pero a todos los animaba un profundo deseo de reemplazar el capitalismo por una forma de vida social completamente distinta, que por entonces la mayoría llamaba simplemente "el socialismo". Su llegada parecía inminente, no sólo en Argentina: en buena parte de los países del mundo, los años sesenta y setenta estuvieron marcados por un poderoso fervor rebelde. Como en la oleada revolucionaria de principios de siglo, los sueños de igualdad se propagaban desafiando las fronteras nacionales y sociales. Una encuesta realizada en 1973 en los principales centros urbanos del país mostró que más del 30% de las personas de "clase media superior" o "alta" declaraban simpatías de izquierda, mientras que un 11,6% de la "clase media inferior" también lo hacía (y esto sin contar a los que se definían como "peronistas" porque imaginaban que por allí pasaba la vía al socialismo).¹

En paralelo a estos cambios en las orientaciones políticas, a partir de mediados de la década de 1960 se notaron otros en el plano de la cultura. Muchos jóvenes empezaron a manifestar disconformidad respecto de valores de "clase media" en los que habían sido educados, que les resultaban demasiado rígidos y limitados. Tal como venía sucediendo en otras partes del mundo, también en Argentina estos años estuvieron marcados por el surgimiento de subculturas juveniles contestatarias y rebeldes. Algunos de los primeros grupos de rock adquirieron desde fines de esa década enorme popularidad entre los jóvenes de sectores medios. Sus letras y conciertos, su aspecto *hippie* y *pellargro*, cuestionaban el modelo de una

¹ José E. Miguens: "Las interpretaciones intelectuales del voto peronista: los prejuicios académicos y las realidades", en *Racionalidad del Peronismo*, ed. por idem y Frederick C. Turner, Buenos Aires, Planeta, 1988, pp. 209-232. Las denominaciones de las clases son de este autor. Puede que, mejor considerados, los porcentajes que presentó fueran algo menores, pero aún así bastante altos; véase Sebastián Carassai: "Ni de izquierda ni peronistas, medioderistas: Ideología y política de la clase media argentina a comienzos de los años setenta", *Desarrollo Económico*, vol. 52, no. 205, 2012, pp. 95-117.

vida "decente" que necesariamente pasaba por el trabajo, el consumo, el estudio y la familia. La "liberación sexual" estaba a la orden del día: varones y mujeres se animaron cada vez más a reivindicar sus deseos como algo que no tenían por qué reprimirse u ocultar. Las impugnaciones a la falsa moral de los mayores se hicieron oír por todas partes, llegando incluso a los medios masivos. Fueron tema de numerosas obras literarias y éxitos cinematográficos, como el clásico *La Tregua* (1974).

DISPAREN SOBRE LA CLASE MEDIA

El giro a la izquierda estuvo acompañado en Argentina de una revalorización de los trabajadores y los más humildes. Quienes abrazaban la causa del socialismo pensaban, como era habitual, que sólo el pueblo trabajador podría encabezar el proceso revolucionario que esperaban con ansia. Pero a esto se agregó un elemento novedoso. En vista de la persistencia del peronismo entre los obreros y por el peso que venía adquiriendo el "problema nacional" en esa época marcada por los movimientos de descolonización en todo el Tercer Mundo, la izquierda argentina adquirió una disposición más "nacional-populista".² Los partidos tradicionales (Comunista y Socialista) fueron duramente cuestionados por los militantes por haber adoptado esquemas de pensamiento que no eran acordes con las realidades del país. Los acusaban de proclamarse a favor de una "clase obrera" abstracta e ideal pero no sentir otra cosa que espanto por esos trabajadores de carne y hueso que habían irrumpido en 1945.

La revalorización de la plebe chocó de frente con el antiperonismo que profesaba buena parte de la población. Incluso muchos izquierdistas que no sentían ningún aprecio por Perón se hicieron, en estos años, "anti-antiperonistas". Y ya que luego de 1955, como vimos, se había vuelto un lugar común decir que la "clase media" era el grupo social que más alimentaba el antiperonismo, ella se convirtió muy pronto en blanco de toda clase de ataques. En efecto, desde 1955 numerosos comentaristas, políticos y ensayistas denigraron a la "clase media" por su incompreensión de la realidad de los trabajadores, por su racismo o por su incapacidad para ponerse del lado de los intereses nacionales. Esta imagen *negativa* de la clase media contrastaba fuertemente con las visiones *positivas* analizadas en el capítulo anterior, que hacían de la "clase media" el gru-

² Horacio Tarcus: *El marxismo olvidado en la Argentina*. Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 104-106 y 122-23.

po social fundamental tanto del pasado nacional como del futuro de integración y desarrollo que muchos esperaban. Estas miradas benevolentes no sólo siguieron existiendo sino que incluso puede que fueran preponderantes también en los sesenta o setenta. Así, se produjo en estos años, por así decirlo, una verdadera "lucha" entre las imágenes positivas y negativas, que logró poner en duda lo que tantos habían afirmado hasta entonces: que la "clase media" fuera una fuerza benéfica para los destinos de la nación. En este capítulo sólo nos ocuparemos de las visiones negativas. Pero el lector no debe olvidar que las de sentido contrario seguían estando allí y eran de peso fundamental en las identidades de los argentinos.

La lucha entre las imágenes positiva y negativa tuvo ribetes complejos. Muchos de los que se habían volcado a la izquierda, poniéndose "del lado del pueblo", estaban lejos de ser de origen trabajador. Una gran parte del movimiento revolucionario que floreció en la década del sesenta, de hecho, estaba nutrida de jóvenes pertenecientes a los sectores medios. Para ellos, el hecho de no ser de la clase social que suponían "verdaderamente revolucionaria" fue un motivo de honda vergüenza. Porque era gente de "clase media", como ellos, la que había despreciado (y todavía despreciaba) a la plebe peronista. Era la "clase media" la que había apoyado la Libertadora y la que había callado, o incluso aplaudido, frente a los fusilamientos de entonces. Muchos de estos nuevos izquierdistas tuvieron en estos años una aguda sensación de estar en deuda con el pueblo por el patente divorcio de los años previos. Hubo diferentes maneras de lidiar con ese sentimiento. Algunos pretendieron purgar sus culpas mimetizándose lo más posible con los trabajadores, actuando como si fueran parte de su mundo, de modo de ocultar todo rastro de su propia extracción de clase. Para ellos, denunciar y denigrar a la clase media era una forma de negar su propia pertenencia y despejar toda duda de que estaban *verdaderamente* del lado del pueblo. En muchos casos, la crítica a la clase media era una especie de "automortificación", que albergaba la esperanza de ser un paso previo y necesario para una "expiación" de los pecados del pasado que permitiera, finalmente, una reconciliación con el pueblo. Así, el compromiso firme con la lucha revolucionaria podía estar motivado no sólo por genuinos deseos de un mundo no capitalista, sino también por la necesidad de redimirse por su origen de clase.³ Sea entonces por el tradicional recelo de la izquierda respecto de

la "pequeña burguesía" o por el nuevo sentimiento de "deuda", en los años posteriores a la caída de Perón los ataques a la clase media se volvieron más intensos que nunca, alternándose un tono violento y de total desprecio con otro más paternalista, que buscaba atraerla y de algún modo "reeducarla".

Los que más se destacaron por la violencia de sus críticas fueron ciertos marxistas que, preocupados por el imperialismo, habían ido acercándose a las ideas del nacionalismo. Por esa vía comenzaron a tener una visión menos negativa del peronismo, hasta comprometerse en un "apoyo crítico" a Perón. Esta corriente se conoce con el nombre de "izquierda nacional" y luego de 1955 tuvo ensayistas que lograron gran predicamento. Fueron ellos los que más incidieron en la formación y difusión de los peores estereotipos acerca de la clase media, que aún hoy circulan en la cultura argentina. El más famoso fue probablemente Jorge Abelardo Ramos. Ya en sus artículos para el diario *Democracia*, en visperas del golpe de Estado de 1955, explicaba que la "clase media" era "cómplice de la política antinacional del imperialismo" y se oponía al gobierno porque no soportaba al "negro ensoberbecido" por el peronismo. Como el "pequeño burgués de Buenos Aires" era descendiente de europeos "sin gota de mestizo ni de criollo andiada", se combinaban en él "todos los factores como para sentirse separado" de la política oficial. Ramos también expuso entonces por primera vez una crítica que haría escuela: la del "moralismo de la clase media". Para él, el pretendido escándalo ante la corrupción y las supuestas inmoralidades de Perón y otras figuras de su régimen no eran sino una maniobra del "gran capital imperialista" para bloquear al proceso revolucionario en curso.⁴ Poco después, en su exitoso libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957), que conocería múltiples reediciones, Ramos volvió a la carga contra la mojigatería de la clase media y repitió otros estereotipos ya conocidos: el de su psicología "vacilante", su inseguridad, su miedo a caer, su individualismo, etc.⁵ Aunque los ataques a la clase media no eran

para la denigración de la clase media estudiadas por Altamirano habría que agregar otra: la oportunidad, que no dejaron de aprovechar algunos dirigentes, de manipular el sentimiento de culpa para controlar políticamente a los militantes o a dirigentes rivales. Véase Ezequiel Adamovsky: "Esa incómoda presencia: la izquierda y la 'clase media' en Argentina, c. 1891-1943", *Políticas de la Memoria*, n° 8/9, 2008, pp. 239-247.

⁴ Jorge Abelardo Ramos: *De octubre a setiembre*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, pp. 310 y 327-32.

⁵ Jorge Abelardo Ramos: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 454-57.

³ Se identificó estas motivaciones por primera vez en Carlos Altamirano: "La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio", *Prismas*, n° 1, 1997, pp. 105-23. A las razones

novedosos, la virulencia que alcanzaron en la prosa de Ramos tenía pocos antecedentes. Pero lo más innovador eran algunos de los motivos que incluyó: la dimensión de prejuicio "moral", racista y antinacional y la identificación "porteña" que Ramos le adjudicaba a la clase media no formaban parte, hasta entonces, del repertorio de acusaciones conocidas. Otros ensayistas famosos, como Jorge Enea Spilimbergo, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui, difundieron por entonces imágenes negativas similares.⁶

Aunque no pertenecía a la izquierda en sentido estricto, no podría dejar de mencionarse aquí a Arturo Jauretche. Su libro de enorme repercusión, *El medio pelo en la sociedad argentina*, publicado en 1966 y reeditado decenas de veces desde entonces, contribuyó como ninguno a la difusión de la visión crítica sobre la clase media. Esta obra se ocupa de castigar con el ridículo el "medio pelo", una actitud mental definida por el intento de "aparentar un status superior al que en realidad se posee". Tal actitud se manifiesta como un afán de figuración y de identificación con la oligarquía, la imitación servil de las pautas culturales extranjeras y el consiguiente desprecio por lo nacional y popular, con su inevitable carga de racismo. En rigor, Jauretche no lanzaba sus críticas contra la clase media: por el contrario, se ocupó de aclarar varias veces que "el grueso de la clase media" no tenía actitudes de "medio pelo". Pero a pesar de estas prevenciones, su libro fue leído como un embate contra esa clase, a la que tendieron a adjudicarse el extranjerismo y el racismo de la actitud "medio pelo". La propia contratapa de la obra la anunciaba como "el libro desmitificador por excelencia de la clase media argentina".⁷

Algunos ensayistas ligados a la corriente de la "nueva izquierda" también contribuyeron a difundir imágenes negativas. El más importante fue sin duda Juan José Sebreli. Su influyente libro *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, aparecido en 1964, contiene niveles de violencia verbal y desprecio que superan incluso los de Ramos en su denuncia del individualismo de la clase media, su mezquindad, su obsesión por las apariencias y por imitar a la oligarquía, su terror a proletarizarse, su anti-peronismo racista, su "moralismo" y su papel de "freno de la lucha de

clases". Pero Sebreli agrega elementos nuevos en este ya amplio repertorio del escarnio. La clase media aparece en su ensayo como víctima de su propia "represión puritana antisexual", la "frigididad" y la culpa. Otro elemento novedoso es el señalamiento del "mito de la intimidad protegida" de la clase media, es decir, la ilusión de que se puede alcanzar la felicidad plena olvidándose del mundo exterior para refugiarse en el hogar y en el ámbito privado de la familia. Como la mayoría de los libros que por entonces expresaban críticas similares, el de Sebreli concluye afirmando que la clase media tenía posibilidades de redimirse si se decidía a "unir su destino al del proletariado".⁸

Había algo extraño en todas estas diatribas contra la clase media: todos los que las lanzaban pertenecían a ella. Ninguno de los autores mencionados era parte del pueblo trabajador, en cuyo nombre, sin embargo, todos hablaban. El ataque a la clase media se hacía siempre en *tercera persona*: quienes tenían los vicios "pequeñoburgueses" eran siempre los otros.⁹ En el mismo ejercicio de la crítica, el que la realizaba ocultaba su propio origen social, tan poco "obrero" como el del blanco de su ataque. Hubo, sin embargo, un grupo de la "nueva izquierda" que tuvo el valor de asumir la cuestión en primera persona. Desde la mítica revista *Contorno*, en 1959 Ismael Viñas lo hizo con las siguientes palabras:

[S]olamente cuando seamos capaces de reconocer (no sólo racionalmente sino también vívida, vitalmente) el hecho de que pertenecemos a la clase media, y que eso nos separa del proletariado, estaremos en condiciones de superar esa separación... No basta militar en determinado partido, no basta leer a Marx —ni, por supuesto, citarlo—, es imprescindible darnos vuelta como un guante, y ésa es una operación profunda y penosa.¹⁰

Darse vuelta como un guante: no alcanza con fingir ser "proletario" ni sirve ocultar el no serlo. La separación existe. Se trata entonces de poder reconocerlo, para poder así vincularse de otra manera con las cla-

⁶ Jorge Enea Spilimbergo: *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, Buenos Aires, Amerindia, 1958, pp. 111-26; Rodolfo Puiggrós: *El proletariado en la revolución nacional*, 2da. ed., Buenos Aires, Sudestada, 1968, pp. 159-74; Juan José Hernández Arregui: *La formación de la conciencia nacional*, 3ra. ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 94-98.

⁷ Arturo Jauretche: *El medio pelo en la sociedad argentina*, 1ta. ed., Buenos Aires, Peña Lillo, 1984, pp. 18-19, 182, 241-43, 252, 276, 353, 380.

⁸ Juan José Sebreli: *Buenos Aires: vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1964, pp. 65-108. Por supuesto, en la izquierda tradicional también abundaron los ataques a la clase media. Por ejemplo, en el trotskista Nahuel Moreno; véase "¡la calle para los obreros!" y "Un sector de la reacción exige la renuncia de Perón", *La Verdad* (Avellaneda), 19/8/1955 y 5/8/1955 resp.

⁹ Por ejemplo Jorge Abelardo Ramos: "Rasputinismo y pequeña burguesía", *Izquierda Nacional*, nº 25, agosto 1973, pp. 7-10.

¹⁰ Cit en Altamirano: "La pequeña burguesía...", pp. 105-23.

ses más bajas. La franquiza de Viñas tuvo pocos ecos en la izquierda argentina. En los años siguientes, con pocas excepciones, sus intelectuales y dirigentes siguieron cuestionando a los demás por sus orígenes "pequeñoburgueses", sin dejar de arrogarse, al mismo tiempo, el derecho de hablar en nombre de una clase obrera a la que en la gran mayoría de los casos no pertenecían.¹¹

LA MIRADA AMBIVALENTE

Pero la izquierda en estos años no dejó de experimentar las ambivalencias respecto de los sectores medios que ya habíamos encontrado en el capítulo siete. Porque, justamente en esta época, la nueva disposición "nacional-populista" indicaba que el obrerismo exclusivo no era apropiado para países bajo dominio imperialista como la Argentina; para lograr un cambio sustantivo, era preciso construir alianzas sociales más amplias. La clase media no podía estar ausente en estas alianzas populares, como reconocían incluso sus más violentos críticos, como Ramos o Hernández Arregui.¹² Algunos notaron o creyeron notar que se estaba produciendo un proceso de "nacionalización de las clases medias", como se decía entonces, para referir a su acercamiento a la causa popular. Si hasta quien era entonces la figura más importante del trotskismo, Nahuel Moreno, llegó a decir en 1962 que la Revolución Cubana había demostrado que era falso el "dogma" (que él mismo había sostenido hasta entonces) de que la única clase capaz de cumplir con las tareas de la fase inicial de la revolución social era la obrera: por el contrario, "sectores de la clase media urbana y el campesinado son, en ocasiones, los causantes de la revolución".¹³

En los años posteriores a la caída de Perón varios grupos de izquierda tuvieron miradas un poco más benevolentes hacia la clase media y

¹¹ Un ejemplo paradigmático de esa inconsistencia es el famoso documento del PRT de 1972, *Sobre moral y proletarianización, Pequeña burguesía y revolución*, que mandaba a sus militantes a "proletarizarse" al mismo tiempo que, por su nivel cultural más alto, les reconocía capacidades políticas superiores a las de los obreros y la misión de guiarlos; véase Vera Carnovale: "Postulados, sentidos y tensiones de la proletarianización en el PRT-ERP", *Lucha Armada en la Argentina*, n.º 5, febrero 2006, pp. 30-43.

¹² Partido Socialista de la Izquierda Nacional: *Clase obrera y poder: tesis políticas del III Congreso PSIN*, Buenos Aires, PSIN, 1964, pp. 61-62; C.O.N.D.O.R.: *Manifiesto preliminar al país*, Buenos Aires, C.O.N.D.O.R., 1964.

¹³ Nahuel Moreno: *La revolución latinoamericana*, Buenos Aires, 1962, p. 55.

llegaron a considerarla parte fundamental de la próxima revolución. Uno de ellos fue el Partido Comunista, algunos de cuyos principales teóricos prestaron gran atención a las "capas medias" a principios de la década de 1960. Aunque el papel de guía le correspondía siempre al proletariado, sostuvieron, esas "capas" (nunca las reconocieron como una verdadera "clase") eran imprescindibles como parte del "movimiento de liberación nacional" que debía enfrentar al imperialismo.¹⁴ Otro caso interesante es el de Silvio Frondizi, uno de los intelectuales más originales que dio la izquierda. A medida que, desde comienzos de la década del sesenta, se fue inclinando hacia la búsqueda de una vía al socialismo más "auténticamente nacional", su consideración de la "clase media" se hizo más importante y positiva.¹⁵ Este cambio apareció con claridad en un folleto escrito por un militante de su agrupación aparecido en 1964, titulado *El problema político de la clase media argentina*, que anunciaba el surgimiento de un verdadero "movimiento" de carácter "nacional, popular y revolucionario" en el que la "clase media" era una de las "dos fuerzas claves", junto con el proletariado. Ninguno de los estereotipos negativos sobre la clase media se hace presente en este texto.¹⁶ El cam-

¹⁴ Véase Mauricio Lebedinsky: "Las capas medias en la sociedad argentina", *Cuadernos de Cultura*, n.º 50, nov.-dic. 1960, pp. 91-99; Ernesto Giudici: "Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo", *Cuadernos de Cultura*, n.º 50, nov.-dic. 1960, pp. 14-18; Héctor P. Agosti: "Proceso de la actualidad", en idem: *Prosa política*, Buenos Aires, Carargo, 1975, pp. 153-71. El interés del PC por la clase media tendía a la continuidad. En 1982 un sociólogo ligado al partido producía una investigación de largo aliento sobre esa clase: Alberto Escalar: *Estructura social y sectores intermedios*, 2da. ed., Carargo, Buenos Aires, 1986.

¹⁵ Silvio Frondizi: *Bases y puntos de partida para una solución popular*, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1961, pp. 24-26; idem: *Manifiesto de la reconstrucción nacional*, Buenos Aires, s./e., 1964. Ya en *La realidad argentina*, publicada en 1955 y 1956, Frondizi se había apartado del marxismo ortodoxo al afirmar que existían no dos sino tres clases fundamentales: "patrones", "proletarios" y "clase media" (aunque sostenía que ésta estaba en camino de desaparecer). Pero en esa época seguía otorgando a la clase proletaria el papel de dirección en la próxima revolución, al tiempo que criticaba a la "pequeña burguesía" con los estereotipos habituales. Véase Silvio Frondizi: *La realidad argentina: ensayo de interpretación sociológica*, 2da. ed., 2 vols, Buenos Aires, Praxis, 1957, I, pp. 244-55, 333; II, pp. 227-228; idem: "La encrucijada argentina", *Liberación*, noviembre 1955, pp. 1 y 4; "La pequeña burguesía y la revolución socialista", *Revolución*, n.º 11, 15/2/1958, pp. 4-5.

¹⁶ *El problema político de la clase media argentina*, Buenos Aires, Ciencias Políticas, s./f. [1964]. Debo este hallazgo a Elsa Pereyra. El folleto tiene muchas similitudes con los de Frondizi citados en la nota anterior. No lleva firma, pero según testimonio de Alberto Ferrari Etcheberry su autor fue un colaborador cercano de Frondizi, Mario Podgatzky (alias Mario Reles), luego desaparecido.

bio estratégico que allí se hacía manifiesto, sin embargo, recibió numerosas críticas no sólo de marxistas más tradicionales, sino incluso de militantes del propio círculo de Frondizi, que no aceptaban que se abandonara el tradicional obrerismo. Frondizi fue acusado de estar produciendo una desviación "pequeñoburguesa" y le exigieron tomar mayor distancia respecto de la "clase media".¹⁷ Sin embargo, tras la debacle de la organización que él había fundado —el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR)-Praxis— algunos de sus herederos continuaron con la línea política que otorgaba a la "clase media" un lugar central.¹⁸ Otros izquierdistas de orientación más "populista" también asumieron en estos años una línea similar.¹⁹

Con o sin ambivalencias, los mensajes que emitió la izquierda a partir de 1955 pusieron en duda la idea de que la clase media fuera una fuerza social benéfica en el momento actual del país. Lo que dejaron sin cuestionar, sin embargo, fue la noción de que que en la Argentina existía una poderosa "clase media" que, al menos en el pasado, había desempeñado un papel positivo en el progreso nacional, que era de origen inmigratorio y estaba radicada especialmente en Buenos Aires. De hecho, irónicamente, la izquierda revolucionaria contribuyó a reforzar estas ideas que se habían originado, como vimos, en corrientes políticas más bien moderadas, liberales o incluso de derecha.

UN CLIMA DE ÉPOCA

Ni las críticas ni el interés por repensar el papel político de la clase media eran algo nuevo en la izquierda. Pero la hostilidad desplegada a partir de 1955 era de un grado mucho mayor. Además, las referencias a la "clase media" que habíamos encontrado en la izquierda de los años treinta eran, por así decirlo, más abstractas, propias de esquemas teóri-

cos aplicables a cualquier tiempo y lugar. Por el contrario, las de los años cincuenta y sesenta tenían contornos ya mucho más precisos. No se hablaba de una "clase media" en general, sino de "la clase media argentina", en la que se reconocía un color local y un papel histórico mucho más definidos.

Pero lo más importante fue que, en el clima de época que el giro a la izquierda fue generando, este tipo de discusiones alcanzaron un impacto social mucho más amplio. Algunos de los argumentos mencionados traspasaron las fronteras del mundillo de los activistas e intelectuales y "contaminaron" la cultura argentina en general. De ello existen numerosos síntomas. Ya hemos indicado la amplia circulación que alcanzaron algunos de los ensayos mencionados. Pero además, a comienzos de la década de 1970 los estereotipos negativos sobre la clase media se podían hallar incluso en la prensa corriente. Por ejemplo, en 1972 el escritor Tomás Eloy Martínez publicó en el diario *La Opinión* una serie de notas sobre "la ideología de la clase media" en las que la acusaba de ser "burguesa", "individualista", sexualmente reprimida, obsesionada por las apariencias, ridículamente adicta al psicoanálisis, en fin, una "mayoría domesticada y consumidora, enemiga de todo cambio".²⁰ Por supuesto, en la prensa siguieron apareciendo artículos que elogiaban a esa clase por su papel de defensora del orden social y motor del progreso nacional.²¹ Pero a principios de los años setenta también aparecieron dudas respecto de sus inclinaciones políticas. Por un lado, algunos sectores del movimiento izquierdista comprobaban que, a pesar de las críticas, sectores de la "clase media" se comprometían cada vez más con las luchas sociales del momento y la animaban a seguir haciéndolo.²² Esta comprobación, que alegraba a algunos, era causa de honda preocupación para los liberales: en 1972, por ejemplo, el diario *La Prensa* advertía alarmado que "la infección colectivista llega a la clase media".²³

²⁰ Tomás Eloy Martínez: "La ideología de la clase media", *La Opinión*, 1 al 4/11/1972.

²¹ Por ej., del conservador Emilio Jofre: "La clase media argentina en peligro", *La Prensa*, 22/7/1975. Un caso interesante es el de la revista *El Buzón*, que apareció en 1971. Su línea era explícitamente liberal, pero combinaba mensajes políticos con notas de moda y cultura pop, fotos de bellas mujeres, etc. Su sección central permanente se titulaba "El pequeño burgués", expresión que se utilizaba en sentido positivo en claro desafío al uso que le daba la izquierda.

²² Véase por ejemplo Juan Carlos Distéfano: "Clase media: de la deserción a la militancia", *Las Bases*, 2 (25), 21/11/1973; Gustavo F. J. Cirigliano: "Clase media y proyecto nacional", *Mayoría*, 19/12/1974, pp. 14-15.

²³ "La infección colectivista llega a la clase media", *La Prensa*, 28/8/1972.

¹⁷ Enrique Mora: "Crítica al proyecto de tesis del MIR-Praxis sobre el Frente de Liberación Nacional", *Boletín Interno* n.º 4, MIRA (zona Capital), 2da. quincena diciembre 1961, pp. 9-15; *Por la Libertad nacional y social: Documento para el Primer Congreso del MIRA*, s./l., mimeo, sept. 1963, pp. 1-2; Jorge Peyro: "Apuntes sobre estrategia revolucionaria en la Argentina", *Marcha hacia la Revolución Socialista Argentina (órgano oficial del MIRA y Reagrupar)*, n.º 1, dic. 1964, pp. 25-29. Todos en Archivo Cedinci.

¹⁸ *Del peronismo al Tercer Movimiento Histórico*, Buenos Aires, 1964, pp. 27 y 44.

¹⁹ Por ejemplo Alberto Astudillo: *La revolución nacional y las clases*, Buenos Aires, Relevo, 1963, pp. 37 y 43-51; Angel M. Hurrado de Mendoza: *Fuerzas populares y oligarquía: la contradicción fundamental*, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 51.

Por otro lado, desde comienzos de la década de 1960 se percibieron dudas similares entre los académicos. Mientras que anteriormente predominaba la visión que hemos comentado en el capítulo anterior, según la cual la presencia de una poderosa clase media era garantía de democratización y de desarrollo económico, nuevas evidencias venían ahora a matizar el optimismo. En esta década comenzaron a surgir nuevas interpretaciones sobre las causas del atraso, que indicaban que el camino del desarrollo no era tan sencillo como parecían suponer los primeros partidarios de la Teoría de la modernización. Respecto del papel de la clase media, las dudas fueron planteadas en un influyente estudio de un investigador de la Universidad de Chicago, presentado en 1960 y publicado en una revista porteña dos años después, que mostraba que los países latinoamericanos con clases medias más voluminosas (como Argentina) eran los que más estancados estaban desde el punto de vista económico. De esa evidencia el académico concluía que las clases medias de esos países se habían "burocratizado", es decir, se habían orientado a empleos profesionales y administrativos, especialmente en el Estado, antes que a : abajos empresariales o productivos. Además, presionaban para promover políticas de redistribución de los ingresos que restaban capitales para las inversiones en la industria. En fin, el estudio ponía en duda que el crecimiento de la clase media fuera de la mano con un mayor desarrollo económico.²⁴ Este planteamiento tuvo gran influencia entre los estudiosos argentinos, incluyendo al propio Gino Germani y a su colaborador Jorge Graciarena, y el economista Raúl Prebisch, que se convertiría en una autoridad mundial en las cuestiones del desarrollo, culpó a la "clase media" de apoderarse de los beneficios del crecimiento económico en una proporción nociva para la sociedad en su conjunto.²⁵ Por otro lado, algunos sociólogos y politólogos comenzaron por la misma época a plantear dudas sobre el papel político de la clase

²⁴ Bert F. Hoselitz: "El desarrollo económico en América Latina", *Desarrollo Económico*, vol. 2, n.º 3, octubre-diciembre 1962, pp. 49-65.

²⁵ Véase Gino Germani: *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1969, pp. 199-225; Jorge Graciarena: *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1972, pp. 136-212. Germani incluso habló de la presencia de un "mito de la clase media"; Gino Germani: "Etapas de la modernización en Latinoamérica"; *Desarrollo Económico*, vol. 9, n.º 33, abril-junio 1969, pp. 95-137. Sobre las opiniones de Prebisch, véase Eudocio Ravines: "Una opinión sobre la clase media", *La Prensa*, 12/11/1972. Sobre el impacto de estas dudas en otros latinoamericanos, véase Luis Ratinoff: "Los nuevos grupos urbanos: las clases medias", en *Elites y desarrollo en América Latina*, ed. por S. M. Lipset y A. E. Solari, Buenos Aires, Paidós, 1967, pp. 71-102.

media argentina, aportando datos sobre su autoritarismo o señalando su apoyo a los golpes de Estado.²⁶ En fin, tanto los recientes desarrollos políticos del país como los mensajes emitidos por algunos académicos y por buena parte de la izquierda contribuyeron a complejizar o incluso a atacar la visión positiva de la "clase media" como un grupo social benéfico y progresista y baluarte de la moderación política. A partir de 1955—precisamente el momento en que se terminó de consolidar la identidad de clase media—miradas más negativas o ambivalentes compitieron fuertemente con aquella visión. Al menos hasta mediados de los años setenta, las dudas planteadas hicieron imposible que esta competencia se resolviera con la victoria de una u otra imagen. La tensión entre estas dos miradas contrapuestas fue un episodio más de la intensa lucha social y política que enfrentó a la sociedad argentina en ese período de su historia.

LA "CLASE MEDIA" EN ESCENA (III)

Las ambivalencias respecto de la clase media se vieron reflejadas en los modos en que fue representada en los escenarios, en los radioteatros, en las pantallas de cine y pronto también de la TV. Las visiones positivas tuvieron su lugar especialmente en las historias centradas en las familias y en el universo de su vida cotidiana, que desde los años cuarenta gozaron de gran popularidad. Ante la ansiedad que producían los conflictos políticos y sociales que crispaban el espacio público, las historias familiares ofrecían una especie de refugio, un espacio privado idílico de paz y sosiego en el que el amor y la comprensión ayudaban a superar los problemas que pudieran surgir. Éste era el "mito de la intimidad protegida" del que hablaba Sebrelli, que se reprodujo como tema en numerosos films, series televisivas y radioteatros.

La estructura argumental de este tipo de obras era sencilla y más o menos repetida. Se puede tomar como ejemplo una de las primeras películas de esta temática. *Así es la vida* (1939), basada en una pieza teatral previa, un clásico del cine nacional que alcanzó uno de los éxitos de público más importantes de su época. El film reflejaba las diferentes vicisitudes que atraviesa una familia porteña durante los primeros treinta

²⁶ Véase Raúl Augusto Hernández: *Autoritarismo en clases medias*, Tucumán, Centro de Investigaciones Sociológicas (UNTP), 1966; José Nun: "The Middle Class Military Coup Revisited", en *Politics of Conformity in Latin America*, ed. por Claudio Veliz, Londres, OUP, 1967.

años del siglo. Por la forma de vestir se reconoce inmediatamente que se trata de gente “decente”. Durante la historia no faltan conflictos y dificultades, incluyendo algunas diferencias generacionales que producen rispidez entre jóvenes y mayores. Pero al final prevalece siempre la unidad y la firmeza de los valores morales cristianos, encarnados en la figura sólida del padre tanto como en la ternura de la madre. De la política y los eventos de la realidad prácticamente no aparecen referencias. La “moralaja” que el film parece ofrecer al espectador es que la felicidad reside en el orden de la vida privada y en la unión del hogar y el afecto familiar; resguardados por un apego a los valores tradicionales (que puede incluir, por qué no, alguna necesaria adaptación a los cambios de los tiempos).

Las historias de familias que logran permanecer unidas y felices a pesar de las adversidades alcanzarían enorme popularidad en los años cuarenta. En las décadas siguientes —y hasta la actualidad— siguieron siendo tema de innumerables éxitos, especialmente televisivos. Una de las familias de la ficción más recordadas es la del radioteatro *Los Pérez García*, que se emitió diariamente entre 1940 y 1966. Su éxito fue tal que fue llevado al cine en 1950 y también al teatro (su elenco realizó giras por escenarios de todo el país). Los Pérez García eran una familia tipo, conformada por don Pedro, doña Clara y sus dos hijos Raúl y Luisa. Completaba el grupo Mabel, una mucamita fiel y abnegada a la que trataban como si fuera una hija más (qué diferente a esas sirvientas “insolentes” recién llegadas del monte que, según Manuel Gálvez, eran por entonces tema favorito para indignadas conversaciones de las señoras “bien”²⁷). Su vida transcurría entre pequeños problemas cotidianos, enfermedades, nacimientos y decesos, algunas peleas pasajeras con parientes o amigos, travesuras del hijo soltero, etc. Las emisiones solían concluir con el consejo sabio de don Pedro, que resolvía cualquier desencuentro. Tampoco en este caso las cuestiones de la política nacional o mundial tenían demasiado lugar. Así los describía uno de los guionistas del ciclo:

Los Pérez García son el compendio de todos nosotros, de nuestros vecinos, de nuestros amigos. Los Pérez García somos usted y yo. Ellos son un reconfortante descanso espiritual, una meta ambicionada por todos los que luego de agobiantes jornadas de trabajo, sólo encontramos en los noticiosos radiofónicos y en las páginas de los diarios, noticias de guerra o crímenes

sensacionales. Los Pérez García no saben de crímenes, de guerras ni de problemas sociales o políticos. Ellos quieren vivir en paz, en un mundo mejor.²⁸

Nuevamente, el mito de la intimidad protegida y de la felicidad del mundo privado “apofítico”, justo en una época de tantos trastornos públicos. De hecho, el ideal de la concordia fue llevado a tal extremo en *Los Pérez García* que produjo una anécdota reveladora. En un curso de los eventos propio del mundo de las novelas, el niño Raúl terminó casándose con la buena de Mabel, la mucama. El amor lograba así el milagro de superar las barreras sociales. El casamiento, que generó el delirio de los radioescuchas (la emisora se vio inundada de cartas de buenos augurios para la nueva pareja), se llevó a cabo en 1955, en pleno desarrollo de la Revolución Libertadora. Mientras se transmitía la ceremonia nupcial, la Gendarmería ocupaba el edificio de la radio.²⁹ Irónicamente, la máxima demostración de la armonía de clases en la ficción ocurría precisamente en uno de los momentos más dramáticos del enfrentamiento social que desgarraba el mundo real.

La aparición de la televisión —cuya primera transmisión se realizó en 1951, pero sólo tuvo un público más o menos importante desde mediados de esa década— ofreció un nuevo canal para la difusión de este tipo de familias modelo y de sus mensajes implícitos. Una de las más recordadas fue la de *La Familia Falcón*, tira semanal iniciada en 1962, que también alcanzó gran éxito y llegó al cine. El programa nació como parte de la estrategia publicitaria de su auspiciante, la empresa Ford, para su modelo Falcon. Los Falcón eran una familia porteña próspera, aunque la publicidad del ciclo sostenía que se trataba de “una familia como todas, como cualquiera de su barrio”. Como los Pérez García, su vida transcurría felizmente entre episodios cotidianos nunca tan graves que no pudieran ser solucionados por el experimentado consejo paterno. Incluso cuando el “hijo intelectual” manifestaba alguna disconformidad por el conservadurismo de sus progenitores, todo terminaba resolviéndose bien y “en fami-

²⁸ Esta cita y la mayoría de las referencias a las familias de la ficción en este apartado están tomadas de José Fuster Retali: “La familia unida en la sociedad argentina: la tensión entre el mito y la realidad”, ponencia presentada en *Seminar on the Acquisition Latin American Library Materials*, Cartagena de Indias, 23-27 de mayo 2003. Véase tb. Isabella Cosse: “Relaciones de pareja a mediados de siglo en las representaciones de la radio porteña: entre sueños románticos y visos de realidad”, *Estudios Sociológicos*, vol. XXV, n° 73, 2007, pp. 131-53.

²⁹ Véase el testimonio de una de las actrices en “*Los Pérez García*, un ciclo que hizo historia”, *La Nación*, 12/6/2005.

lia". Así, luego de cada episodio los televidentes podían respirar aliviados por la solidez de la moral tradicional (justo en un momento en que, en el mundo real, los jóvenes la cuestionaban cada vez con mayor intensidad).

Los ejemplos comentados son sólo algunos de las decenas de producciones televisivos, teatrales, cinematográficos y radiofónicos que en estos años presentaron argumentos similares. Todas estas historias transmitían mensajes implícitos que, de varias maneras, contribuían a definir valores y pautas de conducta "normales" que funcionaban como una guía orientadora para la vida social: una familia "bien constituida" tenía que ser más o menos como las de los Falcón o los Pérez García. El padre debía ser el proveedor y el norte moral. La madre cuidaba de los suyos y era ante todo esposa y reina del hogar. Los hijos debían aceptar subordinarse a la mayor experiencia de sus mayores y mantener una vida virtuosa (más estricta para las señoritas que para los muchachos, a quienes podían tolerárseles algunas aventurillas). Así era una familia "decente". Aunque se suponía que estas historias no se metían en cuestiones políticas, sus mensajes implícitos tenían un contenido profundamente ideológico. Porque los Falcón o los Pérez García se presentaban como familias "como cualquier otra", pero claramente la vida que reflejaban no se correspondía con la de la mayoría de los habitantes de la Argentina. Por supuesto, no expresaban la situación de los que no tenían una vida "ordenada": las madres solteras, los homosexuales, los que carecían de hogar o sencillamente los que vivían solos o con personas con las que no compartían lazos sanguíneos o conyugales. Pero además, las familias "normales" de la ficción eran siempre de clase más o menos pudiente. Los espectadores podían notarlo en cada detalle, desde el vestuario y los hábitos, hasta las actividades laborales y el modo de hablar. Existía un fuerte *sesgo de clase* en estas historias de felicidad de la ficción, que nunca sucedían en hogares pobres y nunca estaban relacionadas con la participación en la vida pública. Por omisión, la familia dichosa y "normal" era siempre de clase media o alta y el ámbito en el que encontraba su regocijo era principalmente el del mundo de lo privado. Por lo demás, algunos de los contenidos concretos —como el del improbable matrimonio entre el joven Pérez García y la mucama— presentaban un ideal de concordia de clases que siempre aparecía visto desde el punto de vista de los más acomodados. Al casarse en la ficción, la mucama se incorporaba al mundo de la familia de su marido. Rara vez una historia de felicidad conyugal se ambientaba en el mundo de los pobres. Pero este no era el único sesgo: además de ser siempre de clase media o alta, las familias más famosas del cine y la TV eran porteñas y, por supuesto, de tez blanca. Todo esto reforzaba una asociación implícita que ya hemos encontrado varias veces en este libro. Lo normal, lo bueno, lo feliz, se relacionaba con el mundo de

las personas blancas y de clases no pobres (particularmente las de Buenos Aires). En fin, la imagen de la familia argentina modelo tenía un sesgo similar al del ideal de la argentinidad que la cultura dominante venía proponiendo desde el siglo XIX. A medida que se fue difundiendo la identidad de "clase media" se hizo casi inevitable asociar este tipo de historias ficticias con la clase media. Porque estaba claro que los Pérez García o los Falcón no eran pobres, pero tampoco excesivamente adinerados ni de la clase alta patricia (eran los "Pérez García", no los "Álzaga Unzué"). La ficción funcionó así como uno de los modos a través de los cuales la clase media se reclamó como la encarnación principal de la nación argentina. *La familia* (célula básica de la nación, como enseñaban los manuales escolares) era implícitamente la familia de clase media.

Por supuesto, este tipo de mensajes no fueron monolíticos: visiones alternativas o críticas encontraron también un lugar.³⁰ Por ejemplo, la niña Mafalda, personaje central de la célebre historieta del mismo nombre que Quino comenzó a publicar en 1964, tenía una mirada moderadamente autocrítica de su familia, a la que inmediatamente se asoció a la clase media. Se trataba, sin embargo, de una crítica piadosa, más orientada a estimular la reflexión que a provocar una condena de sus personajes, que terminaban resultando adorables incluso en sus defectos.

En esta época, hay que dirigirse al cine y al teatro independiente para hallar ejemplos de la visión negativa sobre la clase media. El mejor entre ellos es quizás el de la *Historia tendenciosa de la clase media argentina*, obra de Ricardo Monti, estrenada en octubre de 1971 con importante éxito de público y representada más tarde en Mendoza, Santa Fe, Córdoba y otras localidades. Para comprender su significado es necesario conocer primero algo de la vida del autor.

Nacido en 1944, Monti era un joven de sectores medios típico de su generación. Su padre fue uno de esos pequeños empresarios que habían florecido en tiempos de Perón (en su caso, muy pequeño). Su madre, que al igual que su marido era hija de inmigrantes, era una mujer sencilla sin mucha educación. Contrariamente a la mayoría de los vecinos del barrio modesto del conurbano bonaerense en el que vivían, los Monti eran antiperonistas. Ricardo recuerda la honda impresión que le causó cuando, siendo niño aún, lo llevaron a las celebraciones por la Revolución Libertadora en el centro de Buenos Aires. Todavía recuerda la imagen de la gente destrozando furiosamente todo símbolo del gobierno depuesto. También recuerda el largo viaje en colectivo de vuelta a su

³⁰ Véase Laura Podalsky: *Specular City: Transforming Culture, Consumption and Space in Buenos Aires, 1955-1973*, Philadelphia, Temple University Press, 2004, pp. 71-84.

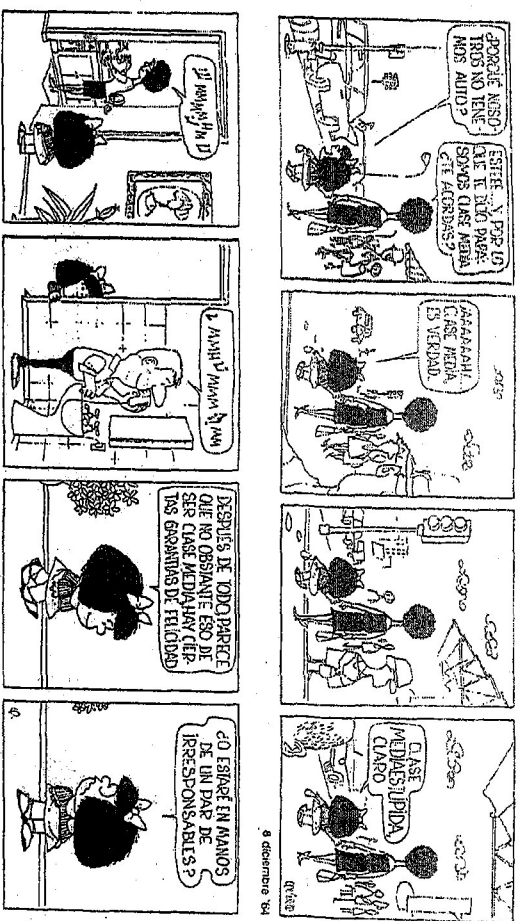


Fig. 16: Una de las primeras tiras de Mafalda, de fines de 1964 (*Todo Mafalda*, Buenos Aires, Ed. De la Flor, 1993, p. 544).

casa y el aspecto lúgubre de la mayoría de los pasajeros, que eran trabajadores y no tenían ningún motivo para festejar. Uno de ellos, viendo las banderas que los Monti todavía llevaban consigo, les dijo con bronca al bajar: "Algún día se van a tragar esas banderitas..." En los días siguientes, a Ricardo le costó explicarle a sus amigos del barrio por qué el frente de su casa era el único embanderado (signo de una alegría poco justificada, considerando que las políticas económicas posteriores a 1955 irían empobreciendo paulatinamente a los Monti). Esa experiencia de sentirse separado respecto del "pueblo" marcaría profundamente al joven Monti. Mientras cursaba algunas materias en la Facultad de Filosofía y Letras a fines de los años sesenta, como tantos otros jóvenes, se acercó al marxismo. Para la época en que escribió su obra de teatro se identificaba con la corriente "maoísta", pero no estaba para nada de acuerdo con la lucha armada. En su largo y penoso camino de "reconciliación" con el pueblo, Monti terminaría hacia fines de los años setenta acercándose al peronismo. Participar por primera vez en una manifestación peronista le produjo, según recuerda, "una sensación de gran alivio".³¹

³¹ Entrevista del autor a Ricardo Monti, 26/10/2007. A menos que se señale lo contrario, el resto de la información sobre Monti está tomado de esta entrevista.

La experiencia de vida del dramaturgo es fundamental para comprender su *Historia tendenciosa*. Estrenada en el Teatro Payró con dirección de Jaime Kogan, la obra era completamente diferente de las piezas tradicionales. Tanto la sala, como el director y el dramaturgo estaban en el centro de la renovación artística que propuso el teatro de la "nueva vanguardia" y que en estos años dio algunos de sus mejores frutos. El objetivo central de la pieza era transmitir un mensaje político. Pero lo hacía de una manera distinta de la de, por ejemplo, la obra de Jorge Newton. No contaba una historia "realista" de la que el espectador pudiera extraer luego conclusiones políticas. Más bien, ponía a los personajes a representar una alegoría de la situación presente y pasada del país. No hacía falta sacar conclusiones políticas, porque la obra las exponía allí mismo con toda claridad. La experiencia escénica tenía momentos de intensidad tal que movilizaba profundamente al auditorio.³² Después de las funciones era frecuente que se produjeran fuertes debates entre el público. Era en sí misma un acto político.

En la *Historia tendenciosa*... diversos períodos de la historia argentina convivían sobre el escenario y cada personaje era símbolo de algún aspecto de la realidad. La primera parte de la obra corresponde a los años que van entre 1900 y 1930. Estaba allí el señor Boniña, que representaba los intereses de la oligarquía ganadera, negociando rastrotramente con Mr. Hawker, el imperialista inglés. Pola, una prostituta oportunista, entregaba sus favores alternativamente a unos y a otros; aunque Monti la concibió de otra manera, muchos espectadores interpretaron que simbolizaba a la nación argentina.³³ Entre medio, lamentándose permanentemente y siempre ebrio, estaba Matías Bonafede, un "abogado pretencioso" hijo de inmigrantes que representaba a la clase media. Deseaba ardientemente los servicios de Pola y "sentarse a la mesa de los señores, compartir sus privilegios y su poder", pero nadie se lo tomaba en serio. Don Hipólito (Yrigoyen, por supuesto) promete ayudarlo a cambio de su voto, pero no cumple; cuando la oligarquía convoca a los militares para que se deshagan de él, Bonafede no hace nada para apo-

³² Dos adolescentes, por ejemplo, manifestaron a la salida que habían sentido "en el cuerpo" la commoción intelectual que la obra incitaba; véase "Sobre héroes y prostibulos", *Primera Plana*, n° 457, 2/11/1971, pp. 44-45.

³³ Por ejemplo, lo hizo el crítico que escribió el artículo de *Primera Plana* referido en la nota anterior. Monti la pensó como una presencia metafísica que simbolizaba "el deseo". Pero él mismo señaló en la entrevista con el autor que numerosas veces se ha interpretado a Pola como la nación.

yarlo. Casi por fuera de la acción, para sorpresa del resto de los personajes, aparece "El obrero". Su presencia causa malestar: "Esta obra se refiere a la clase media; Ud. no tiene nada que hacer aquí..." Le dicen, y todos comienzan a golpearlo.

En este momento sucede la primera "implosión", una de las novedosas técnicas que incorporaba esta obra de vanguardia. Las implosiones eran momentos en los que, tras un cambio de luces, los actores dejaban de representar a sus personajes y hablaban con su propia voz sobre algún aspecto de sus vidas o de la realidad. Esta vez se refirieron a sus antepasados inmigrantes y a las penurias que atravesaron hasta ascender socialmente. La segunda parte se abre con el ingreso del arrogante embajador de los Estados Unidos, Mr. Peagg, quien tras una breve disputa con su competidor inglés se sitúa como nuevo mandamás. La escena transcurre ahora en el hogar de "una familia tipo de nuestra pequeña burguesía". Corre el año 1945. Imprevistamente, ingresa a la casa El obrero, cuya presencia — aunque se mantenía en silencio — inquieta y atemoriza al resto de los personajes. Mientras se escucha por la radio el discurso de Perón del 17 de octubre de 1945, una de las hijas canta desconsolada:

Ha caído la orgullosa ciudadela,
Han salido los fantasmás de la tierra.
Han surgido las larvas de la entraña,
Pisotearon los jardines de mi ciudad blanca.
¡Qué dolor!

La familia intenta defender la "ciudad blanca", pero es en vano: la radio anuncia que Perón asume la presidencia. En ese preciso momento el jefe del hogar muere y Mr. Peagg toma su lugar, recibido por la madre con todos los honores. La acción es seguida por una nueva implosión en la que los actores cuentan recuerdos de su adolescencia bajo el régimen peronista.

A continuación, el hijo dilecto de la familia de clase media, que estudiaba para ser contador, comienza a manifestar dudas respecto del destino que habían trazado para su vida. Desea expandir sus horizontes y explorar otras posibilidades para su futuro. La madre desespera. El oligarca Boniña le recuerda que es su deber seguir comportándose como "un aliado de clase". Pronto la radio anuncia el golpe de Estado de 1955, al que la familia recibe con algarabía, canciones de libertad en francés y gritos de "¡Cristo Rey!". Todos los personajes comienzan entonces a acorralar al obrero, que había permanecido siempre en silencio. Y lo some-

ten a un largo interrogatorio. En medio de referencias a los fusilamientos de 1956 en los basurales de José León Suárez, el obrero termina muerto, "tirado entre basura y podredumbre" (como había sucedido con los de la vida real). Así concluye el primer acto.

El segundo acto refiere a la época posterior a la Libertadora. Mr. Peagg, con Pola a su lado, recibe en su despacho a diversos representantes de los intereses del país. La oligarquía le declara su lealtad. Un grupo de ridículas "damas desarrollistas" le traen propuestas. Dos patéticos payasos, que representan al empresariado nacional, le presentan pedidos lastimeros de apoyo. El embajador exige "ajustes" en la economía, "estimular las inversiones extranjeras" y "asegurar el orden". Mientras tanto, se escuchan disturbios detrás de escena, producidos por "agentes del caos y la subversión". Mr. Peagg pierde la paciencia y exige un golpe militar que restaure el orden. Aparece un payasesco dictador en cuyas palabras se reconoce al Gral. Onganía. Pero pronto llegan noticias del Cordobazo y, harto de los "nativos", Mr. Peagg le retira su apoyo.

Una nueva implosión interrumpe el relato. Los actores refieren en la soledad que sienten en sus propias vidas y el sentido de estar encerrados en una realidad gris de la que quieren escapar. Tras la implosión viene la "Gran Escena Final" de la obra. Todos los personajes (a excepción del obrero, claro) se abrazan en un "Gran Acuerdo" — en referencia al Gran Acuerdo Nacional que proponía por entonces el Gral. Lanusse — y cantan una canción cuya letra festeja el avance del capitalismo, la explotación y la desigualdad. Con música de circo de fondo, los artistas se despiden uno a uno del público haciendo una pirueta. Pero al final sucede algo inesperado: los actores (ahora personificándose a sí mismos) se niegan a terminar la obra con "una bufonada". Luego de un silencio, se ubican solemnemente frente al público y de a uno van pronunciando alguna frase dramática: "Escuchen, lo importante es resistir"; "Estamos divididos en dos partes, y una parte de nosotros dice una cosa y otra parte dice otra cosa"; "Todo se está yendo a la mierda, y si no elegimos, nosotros a la mierda con todo"; "Estamos partidos en dos"; "¡Tengo miedo a perder!"; "A luchar"; "A cambiar"; "Escuchen"; "Escuchen"...³⁴ Así termina la obra. En verdad, así termina en la versión que fue publicada. Pero en realidad tenía originariamente otro final: mientras los actores pronunciaban sus frases, aparecía por detrás La Criatura, un adolescen-

³⁴ Ricardo Monti: *Historia tendenciosa de la clase media argentina, de los extraños sucesos en que se vieron envueltos algunos hombres públicos, su completa difundación y otras escandalosas revelaciones*, Buenos Aires, Talía, s./f. [1972]

te vestido de blanco, armado con una ametralladora. Monti había pensado este final como una advertencia al público *en contra* de la lucha armada. Pero decidió eliminar esta escena tras algunas funciones por- que se dio cuenta de que era interpretada exactamente al revés, como una incitación a tomar las armas.

La obra de Monti, anclada en la experiencia de su propia vida, atacaba uno por uno los elementos que conformaban la visión positiva sobre la clase media. Si la clase media se suponía bastión de la decencia y de la nacionalidad, Monti la representaba a través de un joven ebrio que pretendía a una prostituta oportunista. Si la clase media se proclamaba "apolítica", la obra le recordaba sus actitudes antipopulares y su apoyo a las dictaduras. Si la clase media pretendía vivir en el mito de la intimidad familiar protegida, las noticias de la radio y la presencia silenciosa del obrero se ocupaban de mostrar su vulnerabilidad. Nada más lejano a la apacible cotidianidad de los Falcón o los Pérez García que la grotesca familia de la *Historia tendenciosa*... Mientras que aquellas "expulsaban" toda referencia a las cuestiones políticas, Monti situó a la suya en medio de una dramática historia nacional signada por luchas de clase y le recordó su desprecio por el pueblo, su antiperonismo y también (a través de la alusión a la "ciudad blanca") su racismo.

Pero la *Historia tendenciosa*... iba incluso más allá. Su trama exponía de manera desgarrada la comprobación de que la nación estaba partida en dos. Y lo hacía no sólo de manera obvia en las frases finales que pronunciaban los actores, sino también a través de la fractura del tiempo dramático que producían las "implosiones". El desfase entre el mundo de la ficción y el de los testimonios de los actores era signo de otra inadecuación: la que existía entre el modo en que los argentinos se habían acostumbrado a imaginarse a sí mismos y una realidad que irrum- pía para refutarlo cada vez con mayor fuerza. La pieza de Monti apelaba al grotesco, como había hecho la de Mertens de 1928. Pero en aquel entonces el grotesco estaba en función de una crítica piadosa y comprensiva de las conductas sociales de la clase media. Quizás Monti se proponía algo no demasiado diferente con su obra. Según declaró a la prensa en su momento, su intención no era la de ejercer "una crítica agresiva", sino "reforzar la parte crítica que existe en cada persona". Buscaba sacar a las personas de clase media—como su padre—de su equivocada "alianza con la clase superior" y acercarla al pueblo.³⁵ Sin embargo,

³⁵ "Anticipo: Historia Tendenciosa de la Clase Media." *Extra*, fecha desconocida, p. 49. Recorte del archivo personal de Ricardo Monti.

no hay dudas de que buena parte del público interpretó la *Historia tendenciosa*... de otra manera, como un ataque amargo, frontal y despiadado. "Monti desnuda, zahiere y finalmente destroza a la clase media, es decir, al país, su historia, sus mitos, sus vergüenzas", escribía uno de los críticos que la reseñó.³⁶ La sensación que transmitía la obra no era la de la necesidad de modificar tal o cual pauta de conducta inapropiada o innecesaria, sino la de cambiar radicalmente un estado de cosas aborrecible y vergonzoso. A diferencia del "dilema" que Newton había planteado en su pieza de 1949, la *Historia tendenciosa*... no hacía meramente reflexionar al auditorio sobre una situación política, sino que lo impulsaba a la autocrítica urgente y a la acción inmediata.³⁷

Tal era la urgencia política que se iba apoderando de muchos habitantes de este suelo en esos días de intensos sueños de cambio. Para los miles de jóvenes que por entonces asumían una militancia izquierdista—y a ellos les hablaba especialmente el teatro de la nueva vanguardia—ya no era momento para las palabras sabias y tranquilizadoras de papá Falcón o para cobjarse con mamá Pérez García. No había ya espacio para el ejercicio de moderada autocrítica que proponía Mafalda. Eran tiempos de inquietud y rebeldía. El combate final parecía próximo. La clase media tenía que darse vuelta como un guante o quitarse de en medio.

³⁶ A. L. Giordano: "Una vibrante pieza de Monti dirige Arnold en el Quintanilla," *Mendoza* (Mendoza), 14/8/1973.

³⁷ En sintonía con el "giro a la izquierda" de la cultura argentina, la prensa no condenó unánimemente la perspectiva política de la obra. Si lo hizo *El Cronista Comercial*, pero *Clarín* y las revistas *Siete Días* y *Primera Plana* publicaron reseñas positivas; *La Razón* tuvo una evaluación más ambivalente. C.J.R.: "A mitad de camino," *El Cronista Comercial*, 2/11/1971; R.B.: "Candente material polémico en una obra de autor nacional," *Clarín*, 28/10/1971; Emilio A. Stevanovitch: "Teatro: Historia Tendenciosa de la Clase Media Argentina," *Siete Días*, 8/11/1971; "Se dicen cosas tendenciosas en una obra teatral local de tono político," *La Razón*, 1/11/1971.

